

lidad de las condiciones en que éstos ejercen sus actividades y que, dentro del estudio ecológico desembocan en toda una serie de interrogantes tan premiosas para el geógrafo como para el sociólogo, en cuanto se trata de “¿cómo conviene definir los medios, el medio global y sus elementos, medio físico, medio viviente, medio social? ¿Cómo conviene definir los grupos y con qué criterios de homogeneidad? ¿Cómo y en qué medida los individuos y los grupos son capaces de adaptarse al medio y cuáles son las relaciones de la autoecología con la sinecología? ¿Cómo reacciona el grupo sobre el medio y lo crea? ¿Cómo conviene, finalmente, conducir esta amplia investigación acerca de las relaciones entre seres vivientes y medios: comenzando por la definición del medio con la tentación de deducir de ella la de grupo, o bien describiendo científicamente al grupo para volver a colocar en seguida las influencias mesológicas entre los medios de explicación?” (150). Otras tantas incitaciones para el investigador, como son asimismo estímulos para el mismo, esos pocos casos particulares referentes a la aplicación del geógrafo y del sociólogo al estudio de las actividades religiosas, de las actividades políticas electorales, al de la vida urbana, que ocupan las páginas de este libro, por cuyas páginas corren aguas juveniles por los cauces labrados en roca firme por una filiación académica, una madurez en la meditación, una experiencia notables.

GUERREIRO RAMOS, A.: *Condições Sociais do Poder Nacional*. Ministerio de Educação e Cultura. Instituto Superior de Estudos Brasileiros. Rio de Janeiro, 1957, pp. 40.

Quizás sea Alberto Guerreiro Ramos uno de los sociólogos que mejor hayan comprendido cuál es el papel —doble—

que debe coresponderle al estudioso de las ciencias sociales en nuestros países latinoamericanos, los cuales —en cuanto no son tan viejos y cargados de tradición como los de Europa para cuyas estructuras cualquier cambio resulta amenazador, ni tan jóvenes como los del Africa emergente a los que la falta de una tradición les presenta todo como asequible— necesitan percatarse de los datos que, para el correcto planteamiento de su problemática, les proporciona una tradición que, si no propia en el origen, ha llegado a ser suya, por lo menos en cuanto a trasfondo; necesitan percibir que ni deberán ni podrán constituirse a sí mismos sobre un vacío más o menos artificioso, pero, asimismo, que en su pasado no existen estructuras que los determinen tan rígidamente como a las sociedades europeas, cuyo campo de elección se restringe haciendo cierto, con respecto a las mismas, el que, en muchos aspectos, más que los vivos, los muertos mandan. En efecto, esto significa que el estudioso de cada una de las sociedades latinoamericanas necesita, con base en la historia y en el examen de sus situaciones presentes, mostrar los ejes principales de su desarrollo social, pero, asimismo, implica que quien se preocupe por y se ocupe seriamente con los problemas de las sociedades latinoamericanas —sin molestarse más de lo necesario por la definición académica o extra-académica de su labor—, una vez salido de su función teorizante o inquisitiva (que lo uno lleva a lo otro y viceversa) de las realidades sociales, se oriente en un sentido doctrinario y, en último término, incluso político, para lograr que sus connacionales hagan —y hagan conscientemente— “la opción radical que se impone con respecto al destino de su comunidad”.

Guerreiro Ramos ha sido, efectivamente, erudito e investigador social, pero pronto se ha dado cuenta de que, en cuanto in-

teresado en los problemas sociales de su país, le competía —indeclinablemente— una tarea —la tarea del intelectual que no se castra para la acción aunque cuide de conservar toda su dignidad académica— al lado de todos los grupos e individuos dirigentes que desempeñan papel activo en la organización de un país; de todos los elementos políticos por excelencia que concentran en sus manos la dirección económico social, el poder y las funciones administrativas” (11), y que, en el más estricto de los sentidos son los que constituyen el poder nacional cuyo estudio, fuera de los marcos jurídico-formales, en cuanto producto de un dinamismo, condicionado históricamente, constituye la referencia central de este ensayo.

El desarrollo del ensayo —casi por partes iguales obra de teórico y de doctrinario— responde ordenadamente a tres preguntas relativas a la forma en que en Brasil e históricamente ha variado el substrato del poder nacional, a los nuevos términos en que se plantea dicho poder en el Brasil actual y, finalmente, a los objetivos que deben tratar de alcanzar los actuales titulares del poder nacional, en vista de las peculiaridades históricas de Brasil y del mundo.

El curso de las respuesta muestra que en 1822 en que Brasil proclamó su independencia, el país no hizo sino adquirir la *forma* nacional, siendo el sustentáculo del poder los compromisos entre las oligarquías, integrándose Brasil a la historia universal como una región periférica de Occidente. Dominado por los propietarios de la tierra, Brasil fue un país sin pueblo en época en que era asimismo esencialmente agrícola y en que los intereses de los hacendados coincidían frecuentemente con los del país mismo, y no tenía pueblo en cuanto carecía de un sistema de transportes y comunicaciones que uniera a las comunidades dispersas y separadas por amplias porciones de territorio deshabi-

tado, en cuanto carecía de mercado interno, en cuanto se desenvolvía dentro de los lineamientos de una complementariedad económica con respecto al resto del mundo. Con respecto a ese período subraya Guerreiro Ramos: “económicamente, integrábamos un sistema de división internacional del trabajo en que el papel que nos competía era el de satisfacer la demanda externa; socialmente, no poseíamos clases diferenciadas, desempeñando aquí las oligarquías de los propietarios de tierras el papel de sección descentralizada del área hegemónica del capitalismo en el mundo; política y culturalmente, reflejábamos la enajenación que afectaba a nuestras relaciones de producción” (16).

Ulteriormente, los antiguos titulares del poder han perdido sus posiciones dominantes; se han formado poblaciones obreras y una burguesía cuyos intereses se ligan al mercado interno; en 1950, el candidato impuesto por el Ejecutivo fue derrotado; el Congreso, simultáneamente, aumentó su poder. Sin embargo, un factor de retardo siguen siéndolo los sindicatos cuya estructura fue implantada por el Estado y los cuales no representan auténticamente las aspiraciones del proletariado, situación que contrasta con la del ejército el cual ha sido “una institución directamente abierta a las auténticas tendencias políticas de la colectividad” (19). Nuestro autor considera que hay una crisis de opinión pública en el Brasil, y que la misma “sólo podrá ser conjurada cuando el Congreso coincida ideológicamente con el mandato que lo instauró, y cuando los partidos, el aparato sindical y los demás instrumentos de expresión de la voluntad del pueblo, se dejen penetrar del nuevo sentido de la evolución brasileña” (19).

Un aspecto de la crisis que registra el Brasil, se debe a la existencia de una clase dominante que no ha sabido ser dirigente, lo cual reconoce Guerreiro Ramos:

que “es cierto que es algo que acontece en todas partes en las épocas de transición, cuando una clase recién constituida toma en el poder el lugar de otra más antigua”, en cuanto, diríamos con terminología nuestra, existe de las nuevas para con las antiguas clases en el poder un vicariato no real, sino aparente, lo cual “deriva de la gran rapidez de la transformación material del país durante los últimos 25 años, pues Brasil está en vías de convertirse en cuanto a renta nacional, en un país secundariamente agrícola y predominantemente industrial en el que la nueva clase que se está formando, a causa de este rápido cambio, no ha tenido tiempo aún de madurar ideológicamente” (21).

Efectivamente, cuando un país cambia el sentido de su evolución es necesario que los criterios que utiliza vuelvan a definirse en términos de los nuevos valores hacia los que marcha, y, más aún, es indispensable que esta redefinición la lleven al cabo los mismos miembros de la clase en el poder, pudiendo señalarse con el autor, en forma ejemplificativa, la forma en que los criterios de “seguridad nacional” deben de cambiar en el nuevo contexto histórico-social determinado por el cambio de sentido de la evolución, en cuanto los mismos no son constantes intemporales, inespaciales, inculturales, sino variables afectadas de índices históricos, geográficos, culturales.

Pero, cambiar el sentido de su evolución es algo que tiene en significado muy preciso, en cuanto no se trata simplemente del desarrollo que espontáneamente produzcan en el país las coyunturas internacionales, sino de un proceso de desarrollo *consciente, voluntario, independientemente* dirigido por el país mismo en cuanto éste, al través de los titulares del poder, trate de obtener el máximo de ventajas de una coyuntura social dada.

Guerreiro Ramos, tras contratar la etapa en que “el Estado fue una especie de artefacto sociológico montado sobre el territorio para hacer posible el ejercicio del poder para la antigua clase dominante”, con aquella otra —prevista, más que real hoy en día— en que “la nación como unidad histórica dotada de sentido o campo inteligible es forma particular de una configuración espacio temporal que surge donde un agrupamiento humano se alza de la existencia bruta a la significativa o de la condición puramente natural a la condición histórica” (25) deja constancia de las dificultades que Brasil, para alcanzar tal estadio plenamente, tendrá que enfrentar, pero asimismo la forma en que “de la historia contemporánea se puede inducir el verdadero principio político de que: ningún pueblo que se eleva al ámbito vestibular de su revolución nacional deja de hacerla ni siquiera consta de los más ingentes sacrificios materiales” (35). Acierta asimismo, en cuanto aclara que esa revolución nacional a que se refiere no está asociada necesariamente a insurrecciones y cuartelazos, sino que está constituida por un cambio cualitativo de una colectividad, al pasar de una instancia histórica a otra superior.

¿Puntos si no de discrepancia si de un carácter tal que permite una diferencia de perspectiva? Principalmente uno. Guerreiro Ramos dice: “el carácter complementario nos vinculaba necesariamente a esquemas de integración internacional como los que se han llamado de lusitanidad, latinidad, panamericanismo y occidentalidad” (16). Esa complementariedad, verdadera falta de definición del ser nacional negativa desde el punto de vista axiológico en la etapa que el autor señala como de dominio de los hacendados, antes que ser negativa es positiva a partir del momento en que diferenciado del continuo de la civilización occidental y de la economía capitalista, libre ya de su carácter peri-

férico o apendicular, Brasil, como cada una de nuestras sociedades latinoamericanas puede integrarse complementariamente —pero dentro de una forma de complementaridad distinta de la complementaridad de dependencia— en una comunidad de naciones unidas entre sí no sólo por el hecho de haber bebido en fuentes comunes de cultura —la cultura latina, bien ajena al fin y al cabo con respecto a las deshumanizaciones de capitalismo y comunismo— sino por el hecho de haber sabido dibujar sus perfiles propios y de haber sabido regresar al hogar común no para hundirse de nuevo en la indefinición o en la falta de diferenciación, sino para fundir en lo uno lo diverso.

De la investigación social de realidades concretas Guerreiro Ramos sabe que surge —ineludiblemente— una filosofía social; sabe que la pesquisa social es pedagógica y que, en países como los nuestros, sin que se dañen una a otra las dos categorías complementarias, los estudiosos de la sociedad han de aceptar la doble carga de ser teóricos y de ser doctrinarios, porque sólo en esta forma pueden librarse de —como doctrinarios— construir ideologías utópicas y —como teóricos— de elaborar teorías infecundas. Guerreiro Ramos señala un camino que debiera ser más frecuentado por los jóvenes sociólogos de nuestro pueblo-continente.

GROSS, FELIKS: *Foreign Policy Analysis*. Preface by Adolf A. Berle. Philosophical Library. New York. pp. 180.

Las últimas décadas han convertido los problemas de la vida internacional en objetos de consideración que despiertan singular interés y que poseen una primordial importancia tanto para el llamado hombre de la calle como para el político. El transcurso de los últimos años, con sus adelantos tecnológicos en cuanto a

medios de transporte y de comunicación (especialmente en cuanto a aparición de los medios de comunicación para las masas) al mismo tiempo que ha empujeado el mundo, haciendo más frecuentes los choques entre los pueblos y poniendo de relieve las fricciones que surgen a causa de la existencia de intereses antagónicos y de patrones culturales contrapuestos, han venido a poner de manifiesto para la conciencia de todos, las interdependencia en que se encuentran unos con respecto a otros los distintos pueblos, dando contenido concreto a los conceptos de “humanidad” y —quizás también— de “humanismo” que, si existieron en otros tiempos, tuvieron características muy pronunciadas de abstracción, y no como hoy, un sentido vivo, actual, que de día en día parece concretizarse más; asimismo han mostrado la forma en que la suerte de un individuo depende de la humanidad entera, y la de ésta de las acciones convergentes, concertadas y divergentes que la forman. En este intervalo, proyectar y ejecutar una política internacional ha llegado a ser —como señala Berle en el prefacio de este libre escrito por Feliks Gross— una de las funciones supremas del Estado. De ahí el interés de cualquier estudio que, como el presente, trate de hurgar en la entraña escondida y embrollada de la vida social internacional. Que el esfuerzo no es fácil de desarrollar, resulta evidente, en cuanto se considera que incluso una de las ficciones representativas más frecuentes de la sociología —la que considera a las sociedades como grupos cerrados— y que resultan facilitadoras del estudio, caen en cuanto se aborda sociológicamente la vida internacional.

Feliks Gross intenta hacer principalmente —al través de estas páginas— una contribución metodológica. Su problema consiste en mostrar algunos de los instrumentos al través de los cuales puede llegar a conocerse la vida internacional;